

## El cinéfilo

Al principio nada fue.  
Ni el agua para en ella el pez.  
Ni la rama del árbol para la fatigada  
ala del pájaro.  
Ni la fórmula impresa para casos de duelo.  
Ni la sonrisa en la faz de la niña.  
Al principio nada fue.  
Sólo la tela blanca  
y en la tela blanca, nada...  
Por todo el aire clamaba,  
muda, enorme,  
la ansiedad de la mirada  
(...)  
Y el caos tomó ante los ojos  
todas las formas familiares:  
la dulzura de la colina,  
la cinta de los bulevares,  
la mirada llena de inquina,  
del buen traidor de melodrama,  
y la ondulación de la cola  
del perro fiel a su amo.  
El hombre tuerto sintió  
que va a quebrársele el ojo  
de cristal, a la embestida  
de tantas y tantas visiones.  
(...)  
Y el primer día de la creación  
se levantó de su rincón  
y vino a asomarse a la tela:  
en la mano diestra llevaba  
el primer corazón del hombre,  
que era el último corazón.

Pedro Salinas. *Cinematógrafo*.

Viejitos locos, pájaros que han perdido el vuelo, rostros que parecen una fruta escarchada, manos artríticas, cráneos amarillos, casi todos insomnes, incapaces de conciliar el sueño, escabulléndose de las enfermeras para venir a verme, el único tipo que les hace caso, el vigilante nocturno, el muchacho con un ojo de cristal – ¿dónde te hicieron eso, hombre, si esas cosas sólo pasaban en la guerra?, me preguntan, pues en la guerra, precisamente, les respondo yo, hay que joderse, ¿pero todavía hay guerras?, inquieten asustados, en sitios remotos, les digo yo, allá por los Balcanes, no deben preocuparse, aquí ya no se pegan tiros, si yo te contara, prosiguen ellos, y como nunca los rechazo se sientan junto a mí, sus zapatillas de felpa guardando unos pies huesudos y blancos, el pijama del hospital que siempre les queda grande, y la mirada, su mirada extraviada, pero yo no tengo el alzheimer ese, me avisan, esos son los de la segunda planta, claro que no viejito, pienso yo, que tengo que ocultar el temblor de mis dedos, tú lo que tienes es una soledad que te empapa el alma, una bola de tristeza dentro de la cabeza, aunque los doctores la llamen demencia senil, o simple trastorno mental, tú lo único que necesitas es que otro solitario, otro loco como tú, te abra el corazón, para que puedas contarle tus historias, las batallas y las pérdidas, el momento en que alguien dejó de mirarte como a un ser humano, en las largas noches sin jarabes ni pan...

Me llamo Juan Köhler, nací en Berlín, pero a los tres años mi madre me trajo de vuelta a España, nunca conocí a mi padre, jamás he recibido una carta

suya, y como mi madre no habla de él, he acabado construyendo su identidad, quizá eso sea mucho decir, pues no he llegado a imaginar su rostro, su espalda, su forma de desplazarse, simplemente lo veo en un hotel sórdido, tumbado en un jergón, consumiendo cigarrillos bávaros, esperando a que la noche acuda y se le olviden las cosas, como hacía yo de niño, cuando me pasaba las horas subido a los tejados de la felicidad o hundido en el pozo de las tinieblas, esperando a que mi madre regresase del trabajo, le tenía preparada la cena, mi niño alemán, me decía, qué dulce eres, cómo has pasado el día hoy, siempre estaba cansada, fatigada por un horario embrutecedor, también por mi enfermedad, me pasaba la mano por el pelo, has tomado el litio, el médico dijo que no abandonarás las dosis, no se atrevía a llamarlo psiquiatra, me pillaba con un libro en la mano, *El viento en los sauces*, de Kenneth Grahame, lees en exceso, será mejor que descanses, pero ya entonces me costaba dormir, las largas noches en vela, a pesar de los efectos secundarios de la medicación, mi rostro sonámbulo y aturdido, el mismo rostro del que se reían en la escuela, a mí no me importaba, quien pelea con los sueños y las pesadillas acaba por inmunizarse contra todo, las mofas atroces, la conspiración de los líderes, las miradas compasivas del profesor – mucho peor que las burlas –, el recelo de las chicas que yo amaba clandestinamente... Hay que sacar oro de las propias carencias, eso sí que acabé aprendiéndolo, quién me iba a decir que el insomnio me abriría oportunidades, la de esas ocupaciones que todo el mundo repudia – horas intempestivas, sueldo pírrico –, como vigilante nocturno en un geriátrico, ejecutando solitarios en un ordenador,

haciendo rondas por pasillos donde brillaba una fosforescencia helada, oyendo los ronquidos agonizantes de los viejos, sus bisbiseos sin sentido, intentando que no percibieran mis pasos, porque tengo prohibido abandonar mi mesa, al diablo el taburete, quién puede pasarse las horas con el culo endureciéndose como un cono de piedra, así que a veces me desafío a mí mismo y salgo como un gato al exterior, con la excusa de algún ruido, un murmullo tenebroso, con la linterna floja en la mano, como una de esas víctimas de las películas de la Hammer, pero el verdadero terror está a mi espalda, en las habitaciones donde pernoctan mis viejitos, los pobres diablos que sus familias abandonan en cuanto advierten que desvarían, que se vuelven gradualmente locos, paranoicos, dementes, menos mal que les cobran lo suyo, en eso sí que han acertado – con astucia crematística -, los dueños del negocio, la Doctora Virtudes y su vistosa sección de enfermeras: el arrepentimiento se dulcifica en proporción al dinero que les cuesta encerrarlos aquí, aunque a mí sólo me den una magra soldada, el salario del miedo, así es como lo llamo yo, como en aquella película que protagonizaba Ives Montand, a veces persuado a la Doctora y les proyecto una película a mis viejitos, nada que los perturbe, me avisan, no vaya a ser que se depriman o rompan a gritar, pero si eso es lo que quieren, pienso yo, que les dejen expresar sus emociones, las migajas de nostalgia que anidan en su corazón, eso es lo único que les queda entre la piel y los huesos, deberían ver la cara de felicidad que se les pone cuando aplauden al final de la sesión, con el pulpejo de las manos, asintiendo como niños en la oscuridad, benditos sean Charles Chaplin y Hitchcock, y el gran

John Ford, si me dejasen sacarles de aquí les llevaría todas las tardes a disfrutar de una película como Dios manda, a lo mejor una de Búster Keaton, y para mayor gloria de mis espectadores lo haría al aire libre, sí, llevaría las sillas fuera y desplegaría la pantalla y un proyector enorme en medio de las amapolas.

Susana no, Susana nunca quiere ver el final de mis películas, se levanta cuando llega el desenlace y se encierra en su cuarto, lo hace con urgencia, la Doctora insiste en que no la moleste, pero si es que se pierde lo mejor, le justifico, cómo la voy a dejar marchar, una vez insistí y se puso nerviosa, por lo que la Doctora Virtudes tomo una decisión drástica, ya se lo había advertido, nada que los inquiete, me dijo, luego ordenó bajar el telón e interrumpir la película, el remedio fue peor que la enfermedad, los viejitos locos protestaron, ve usted la que ha montado, se puso hecha una fiera, límitese a sus ocupaciones de vigilante, los viejos murmuraban, los celadores me miraban con cara de risa, me dieron ganas de partirles la cara, no es la primera vez que lo hago, tengo antecedentes penales, los jueces ponderaron la eximente de mi trastorno ciclotímico, fue cuando me pusieron al cargo de la asistente social, de mi adorada Teresa, amorosa como un pastel de nata, lo que usted necesita es reinsertarse en la sociedad, me dijo ella, yo no dejaba de mirarle el busto, fue Teresa quien me buscó el curro, bueno, antes tuve que superar una entrevista, qué es lo que usted sabe hacer, me preguntaron, nada, les contesté, pero

tendrá usted algún oficio, si me presentase a un curso de tontos sería el segundo, bueno eso no se lo dije, les confesé que jugaba al póker por Internet, eso los descompuso un poco, pero cuando agregué que lo hacía de noche se les iluminaron los ojos, ¿es que no duerme bien?, me interrogaron, en realidad me paso las noches en blanco, entonces seguro que podemos ofrecerle un puesto, hay poca gente que esté dispuesta a trabajar por las noches, a mí de me da igual, les respondí, Teresa me miraba con ojos alucinados, yo creo que en el fondo le inspiraba un poco de lástima, me hubiera gustado abrazar sus pechos, ya sé que esas cosas son inapropiadas, incluso están perseguidas, así que me contuve y le sonreí con mi boca desdentada, y ahora estoy aquí, vestido con un uniforme ridículo, de corte militar, lo tengo que llevar haga frío o calor, lo que no vieron necesario fue pertrecharme con una porra, a saber qué imaginaron que haría con ella, abrir cabezas como melones, ya veía reflejados en sus ojos los titulares sanguinarios de los periódicos: ponen de guarda jurado en una residencia de ancianos al hijo de Jesse James, o peor aún, al de Luis Candelas, que suena más recio, la tasa mortuoria se intensificó con su llegada, las autoridades buscan el error que posibilitó, etc., etc...es una forma de hablar, en realidad soy el tipo más inofensivo del mundo, ya sé que con mi uno noventa y mi ojo de vidrio impongo respeto, pero sería incapaz de desmembrar una hormiga o aplastar una mosca, y eso que hay moscas que son duramente odiosas, y no me refiero sólo a las que se quedan chapoteando como trocitos de carbón en el puré, sino a esos *moscones* que no te dejan vivir en paz, siempre zigzagueando delante de tus ojos, recordándote dónde estás,

pontificando quién eres y lo que se espera de ti, paseándose groseramente por tu piel insensible de loco...

Pues sí, durante un tiempo me busqué la vida en Internet, eso sí que es un universo paralelo, qué digo paralelo, monstruoso, se está comiendo lo real, no se imaginan la de horas que la gente presuntamente normal se queda atornillada delante de su ordenador, chateando, adquiriendo artículos inútiles de modo compulsivo, haciendo el chorra, visitando blogs porno, les aseguro que da vértigo, y entre todas esas almas que navegan en el ciberespacio la cantidad de personas que sufren es inimaginable, es como si ese mundo virtual fuese un reflejo inconsciente de nuestra podredumbre, de la demencia que, plácida y engañosamente, brilla en la superficie de nuestras vidas, pero no quiero ponerme trascendental, lo que yo hacía era muy frívolo, echaba partidas de póker con internautas a los que no conocía, me permitía sacar un sobresueldo para ir tirando, porque con lo que me pagaban por mi discapacidad – subsidio, lo llaman: qué nombre tan humillante - no tenía ni para comprar phosquitos ni cucuruchos de castañas, me pasaba el otoño pelándolas y pelándomela, pero me voy por las ramas (aunque esté hablando del tronco), el caso es que de no ser por la crisis económica hubiese seguido de tahúr digital, pero cada vez se hacía más difícil sacarse unos dólares, las partidas se volvían angustiosas, durísimas, empezaron a entrar tipos curtidos, gente del Este, armenios, lituanos, kazajos, se las sabían todas, no había forma de



descubrir sus faroles y encima apostaban sin temores ni remilgos, hasta quinientos dólares partida, full y escalera de color, para echarse a temblar, dónde iba con ese ejército un pardillo como yo, sitiado por ludópatas diabólicos, acabé mirándome en el baño y diciéndome: Juan, querido Juan, esto está pero que muy jodido, hasta las monjas disparan con balas...mira a ver cómo sobrevives y te buscas otra alternativa.

Y ahora estoy aquí, en esta santa casa, un santuario donde la locura está narcotizada, domesticada, donde el aire huele a una mixtura de coles y barbitúricos, donde, con obsesión racional, se levanta una torre de días simétricos, todos iguales, sin sorpresas, sin alarmas, sin mariposas perseguidas por ancianitas turulatas o desnudas (me pregunto qué fue de Lady Godiva, la dama que conmovió a Coventry con su deslumbrante desnudez), lejos de cualquier fenómeno que turbe la calma del centro, qué astuta es la Doctora Virtudes, su diligencia previsor, su actitud persuasiva, una vez asistí a una de las conferencias que organizaba para sosegar a sus hijos, “sus padres están en el mejor de los lugares”, les aseguraba, “en manos de profesionales de prestigio, todas sus necesidades son escrupulosa y generosamente atendidas, deseamos crear para ellos un entorno seguro, sobre todo eso, seguro, sin las privaciones y los tormentos que les acechan ahí fuera, donde lo único que puede suceder es que se agrave su enfermedad, así que no tengan la más mínima duda de que su elección ha sido la correcta, están en el mejor

de los lugares posibles, esta es una institución limpia, confortable, médicamente innovadora"... Innovación, salubridad, confianza, ese tipo de vocablos siempre insensibiliza a la gente, si lo piensan detenidamente poseen la misma eufonía narcotizante que los discursos de los políticos, pero a mí que más me da pensarán ustedes, pues sí, lo que ocurre es que me convertí en un testigo accidental, sí, accidental, les suene o no a título de película de serie B, un tuerto escuchando a esos viejitos que bajaban a verme a mi cabina, hola, Juan, hace calor, ¿verdad?, siempre empezaban con la misma frase, aunque no podía ser de otra forma, aquello parecía un nido de pulgas, por la temperatura digo, yo no sé por qué en las instituciones mantienen esa combustión fétida, pegajosa, póstuma, un calor que evoca las mantas mora y las mechas de sebo, los ancianos con su pañuelo enarbolado, enjugándose el sudor, porque, eso sí, son fieles a sus costumbres, llevan siempre la muda puesta, el delirio no prescinde de sus pequeñas neurosis, se sientan a mi lado y me hablan, a veces durante horas, hoy tampoco he dormido bien, Juan, me puse a soñar que estaba con las abejas, yo de joven era apicultor, me dice Don Cosme, la gente se piensa que las abejas son peligrosas, pero hay agujijones que hacen mucho más daño, a qué se refiere usted, Don Cosme, no sé, a cosas, a personas que te miran con desconfianza o con miedo, en los aviones, en las colas de los cines, en las tiendas, cuando vas deambulando por la calle...yo procuraba siempre caminar por la acera donde había menos peatones, pero estas ciudades son muy grandes, sí, le digo, y me viene a la memoria aquella canción que Germán Coppini interpretaba en *Golpes Bajos*,

*No mires a los ojos de la gente, te dan miedo, siempre mienten*, Don Cosme saca dos piruletas que le ha sisado a sus nietos y me ofrece una, son de limón, me dice, nos lleva un rato desenvolverlas, parecemos dos niños grandes en la antesala de un circo, ahora tampoco son lo que eran, me refiero a los circos, Don Cosme evoca con precisión el último que acudió a su pueblo, con su hombre forzudo, con sus enanos y siamesas, con su mujer barbuda, eran seres fantásticos, impredecibles, se parecían un poco a nosotros, afirma, entonces miro a este hombre con una pizca de piedad, no me quiero poner melancólico, pero lo imagino entre tigres y payasos, abriendo unos ojos enormes ante las piruetas de los acróbatas, con la sonrisa inundándole el rostro como un trébol gigante, actor en una película de Tod Browning, aquí no tienen muchos motivos para reír, por eso a veces me invento alguna historia inverosímil, crónicas de mi vida que le hacen gracia, sobre todo le gusta que le hable de mis vecinos, esos sí que están como mazas, Don Cosme, le digo, fíjese hay uno que ha fabricado una pértiga con pinzas para robar las bragas de los tiovivos, al viejito le da un ataque de risa convulsa, descomunal, le tengo que rogar que baje el tono, pero todo él es un retorcimiento espasmódico, ¡las bragas!, grita, está rojo como la grana, Don Cosme, se lo suplico, modérese, por fin se calma un poco, las lágrimas le hacen raftin por las arrugas de su rostro, entonces junta las manos y me mira fijamente, me hace muy bien venir a hablar con usted, me dice, sus ojos son como dos hendiduras en una tierra agrietada, la de miserias que habrá pasado este hombre, pienso, pero esta noche se va con una sonrisa en los labios, la próxima noche le cuento la historia de mi tío-abuelo Jorge, pienso, el

cacique de la villa, el tipo más juicioso y astuto de la familia, que un día vio cómo su casa ardía por los cuatro costados y gañía como un loco pensando en los billetes que, como un avaro grimoso, había guardado año tras año en el fondo de su arca de nogal...

Estuve dos años trabajando en el extranjero, a mi madre casi le da un patatús, eso fue antes de hacer el tonto en el ejército y que me reventaran la córnea en Bosnia (hubo una época de descrédito militar antes de la crisis en que reclutaban a cualquiera), pero por aquel entonces me encontraba estabilizado, llegué incluso a cruzar tierras germanas, pero no se me ocurrió buscar a mi padre, yo desempeñaba una ocupación absurda, una de esas campañas de marketing que se sacan de la manga tipos presuntamente cuerdos (ya saben, de esos que llevan gafas de pasta y sueñan con besar el culo a Bill Gates en Silicon Valley), viajamos por media Europa, nuestro objetivo era dar a conocer una marca infalible y espumosa de crecepelo, la ocurrencia del creativo de turno consistía en que dos empleados, uno mondo y otro con cabellera, escoltaran unos cartelones donde se identificaba el producto, nos habían contratado a un asturiano calvo y a mí, mi compañero se llamaba Simón, era un tipo enjuto y nervioso, no comprendía muy bien lo que hacíamos delante del expositor, la compañía era una cadena de supermercados con implantación internacional, nos colocaban en la sección de geles y lociones vestidos de cartujos, los clientes se paraban y se partían de

risa, en Viena una señora gorda y enojada preguntó si se podía llevar a Simón, a mi colega no le hizo ninguna gracia (era un asturiano con poco sentido del humor: a veces me lo imagino sepultado bajo las lorzas rotundas de aquella austriaca), pero nos pagaban razonablemente bien, hasta que un día se me ocurrió decirle a un tipo calvo y triste – parecía haber nacido para soportar sobre sus hombros la oscura aflicción del mundo – que no hiciera caso de la publicidad, que seguramente con aquel producto mágico sólo le saldrían escamas pilosas en la cabeza, pero no entendió mi acto de compasión y se quejó al encargado, esa tarde nos echaron a la calle, estábamos en medio de Lisboa y no teníamos dinero para volver, no fue una tragedia, era verano y podía dormir uno en un soportal, al final, por un puñado de euros, conseguimos pernoctar en una fonda, la dueña era muy amable, se llamaba María dos Prazeres, como en el cuento de Gabriel García Márquez (o al menos, ése nombre le puse yo), en realidad todos los portugueses que conocí eran de una afabilidad exquisita, a pesar de que aquí tendemos a mirarlos por encima del hombro, no sé si Simón llegó a perdonarme mi desliz, pero nos despedimos con un fuerte apretón de manos, sus manos eran menudas pero fuertes, había ordeñado con ellas muchas ubres en su Asturias natal, en cuanto a mí no olvidaré mientras viva, y sobre todo metido en este sitio, la luz decadente y acuosa de Lisboa, las pequeñas y abarrotadas tiendas de ultramarinos que había en sus cuevas empedradas, el olor a manzanas maduras de María dos Prazeres, la belleza de sus mercerías y de sus conventos: mientras permanecí

allí, recorriendo con nostalgia sus calles, no tuve que recurrir ni una sola vez a la maldita medicación.

Cuándo vas a volver a proyectar películas, me pregunta Serafín, que no debe estar al tanto de La Prohibición; Serafín es un andaluz de ojos chispeantes, no controla con eficacia sus esfínteres, a veces hace cosas raras, pero no de carácter escatológico, sino ufológico, está persuadido de que fue abducido hace años por una nave singular, pero él no dice que sea de extraterrestres, sino de seres humanos hechos y derechos, de esos que visten casacas con galones, de militares, vamos, dice que lo confundieron con un terrorista y lo tuvieron encerrado en un sótano de Móstoles y que cuando lo denunció a la Guardia Civil lo tomaron por lo que su familia consideró urgente motivo de ingreso psiquiátrico, es decir, por un demente, pero yo, si quieren que les diga la verdad, no pondría en duda los delirios paranoicos de Serafín, cosas más raras se ven todos los días en el mundo, sin ir más lejos tipos sanguinarios o negligentes que gobiernan países, el caso es que nuestro cliente andaluz es un adicto a los western y ha iniciado una cruzada para que vuelvan a poner películas, aunque yo le insisto en que no soy la vía adecuada, que tiene que seguir el conducto reglamentario, como en las corporaciones amenazantes que se ven en las películas de la guerra fría, y si se hace con unas docenas de firmas pues mejor, Serafín se lo toma al pie de la letra y lo oigo entrar y salir de las habitaciones, eso sí, con un sigilo de contraespionaje,

no vaya a ser que los delatores (que es como él llama a los celadores) aborten su operación, y al cabo de una semana consigue ochenta y siete firmas y una mancha de tomate al pie de un documento manuscrito, todo un récord, es cierto que algunas rúbricas son ininteligibles (y la mancha bastante grumosa), pero tampoco vamos, con personas de pulso tembloroso, a ponernos exigentes e implacables, aquí las tiene usted, me dice, colocándome en un aprieto, porque no sé muy bien lo que hacer, quiero decir que, con los años, me he vuelto un maldito cobarde y en este trabajo, al menos, no me dan demasiadas consignas, y entrando en pormenores he de admitir que tampoco paso frío, así que las recojo y me comprometo a realizar alguna gestión, no te preocupes, Serafín, pediré audiencia con Doña Virtudes, y entonces me acuerdo de mi asistente social, mi dulce Teresa, a lo mejor ella me puede echar una mano y sacarme del atolladero, decido ir a su oficina, aunque hubiese preferido invitarla a tomar un café, Teresa me escucha con sus ojos grandes y luminosos, no sé qué sugerirte, Juan, la última vez ya ves lo que pasó, Teresa trata de ser conciliadora, pero yo le tengo pillado el punto, es una buena chica, en el fondo sabe que tengo razón, así que le suelto un rollo sobre las propiedades terapéuticas y socializadoras del cine, se le escapa una sonrisa muy débil, huele a madera de sándalo, eres incorregible, Juan, me dice, lo hace con una voz por la que yo plantaría jazmines en la luna, ¿entonces puedes auxiliarme en este amargo trance?, le pregunto, ella se ríe abiertamente, tiene una risa diáfana y fresca, intentaré persuadir a la doctora, me concede, pero no te garantizo nada, a mí me vale con una mirada de tus ojos estoy por decirle, pero

mantengo la compostura y, eso sí, la invito a un café que ella declina cortésmente: no podía ser de otra forma, tendrá muchas gestiones que hacer, y mientras me despido haciendo genuflexiones cómicas, pienso en su novio, que seguramente será un tipo circunspecto y cabal – o cabal y circunspecto -, y no un cantamañanas que se pasa los días capturando sueños que se deslizan como lagartijas por el fondo de sus bolsillos...

Pero yo a quien quiero ver es a Susana, la viejita que abandona el cine antes de que finalicen las películas, aunque los médicos la ignoren y escurran el bulto, a mí no se me ha quitado de la cabeza lo que le pasa, necesito esclarecer qué le sucedió en el pasado, dónde está el trauma que le prohíbe ese placer, así que por una vez me armo de valor y acudo a verla, entro con unos hojaldres en su habitación, un cuarto pequeño pero lindo, tiene un póster de Robert Mitchum al lado de la cama, ese en el que le se ve mostrando las palabras LOVE y HEAT en sus nudillos, *La noche del cazador*, de Laughton, film memorable donde los haya, lo que abunda en mi idea de que Susana tiene una deuda que saldar, una grieta donde se juntan los murciélagos que oscurecen su mente, cómo está usted hoy, le pregunto, la encuentro de espaldas a la cama, con los visillos descorridos para que penetre la claridad, me gustan los días como hoy, me dice, hay un pellizco de otoño en el aire, se ven hojas color caramelo en los árboles, a lo lejos un grupo de críos juegan al balón, Susana suspira con la mirada absorta, he venido a convencerla de algo,



le digo con voz viril, aquí hay algo equívoco replica ella, yo la miro con estupor, a qué se refiere, que yo estaba esperando a Ulises y en su lugar aparece Polifemo, se le escapa una carcajada y me suplica que la perdone, caray con la viejita, me ha salido irónica y cultivada, lo cierto es que también rompo a reír, parecemos dos náufragos a los que se les ha caído el único coco de la isla encima de la cabeza, bueno, yo sé a qué viene usted, Juan, sé que quiere recuperar sus sesiones cinéfilas, pero no va a poder ser, no me diga eso, insisto, su cara ha empalidecido súbitamente, me gustaría pero no puedo, susurra, es superior a mis fuerzas, tengo que irme de la sala antes de ver el final, sí, ya sé que es una contradicción, o una locura, yo no lo llamaría así, le digo, me da igual, responde, el caso es que no consigo controlarme, así que no le dé más vueltas, además, ya ve lo que sucedió la última vez, sólo sirvió para que clausuraran el cine, menuda algarabía se armó, no se preocupe usted ahora por eso, cuento con un apoyo adicional, Susana asiente sin comprender, entonces aprovecho y la cojo de la mano, vamos, siéntese en la cama conmigo, ella me mira con alarma fingida, ya sabe que soy un sátiro irredento, le susurro, ahora que estamos tan juntos el uno del otro percibo su aroma, y me doy cuenta de que no huele a vieja, que esta mujer, seguramente gracias a una diligencia coqueta y tenaz, conserva una pizca de dignidad femenina, y eso es algo que me bloquea un poco, que me hace gracia y me enternece, y en ese momento decido que no renunciaré a mi empeño, y empiezo a perorar largo y tendido, mezclando y agitando los argumentos, apelando a la belleza del séptimo arte, elogiando a mis actrices favoritas, evocando las tardes de cine de

mi niñez, rememorando escenas y guiones maravillosos, casi entro en una especie de trance, cuando Susana, que no ha abierto la boca, me acerca su dedo índice a los labios, déjelo estar, murmura, es inútil, pero no concibe lo terco que puedo llegar a ser, y entonces cede, o al menos cabecea ensimismada y como si fuese un loco al que se calma con un relato, me empieza a contar su historia, que se remonta a su juventud, cuando salió del pueblo para labrarse un porvenir, así se expresaba en mi época, me dice, pasó a ser interna en una casa de linaje, recomendada por el cura de su parroquia, no me dejes en mal lugar, le instó, no era mala gente, tenían doncellas y mayordomos, sus tareas eran más ingratas, pero no se lamentaba, le daban cama y comida caliente, y un pequeño sueldo a fin de mes, el único problema es que no tenía ni un solo día libre, sólo los domingos de cinco a siete, ya entonces la fascinaba el cine, aquellos cartelones de trazos expresionistas, una tarde la pudo la emoción y pasó por taquilla, pero a quince minutos del final se dio cuenta de que no regresaría a tiempo a casa, los señores se enojaron bastante, estuvieron a punto de expulsarla sin miramientos, eran muy rígidos con los horarios, por esa vez perdonaron su ligereza, durante un tiempo no se acercó a una sala de cine, se quedaba comiendo pipas en el parque del Retiro, hasta que un día vio que anunciaban Gilda, aquella película en la que Glenn Ford le daba una bofetada demoledora, claro que la recuerdo, le digo, no pudo resistirse, había hecho cálculos sobre su duración y pensó que le daría tiempo a volver, pero a mitad de la película comprobó que no y tuvo que salirse sin ver el final de nuevo, esa noche, me confesó, me quedé llorando amargamente,

unas lágrimas que se volverían a repetir, nunca logró ver una película entera, durante los diez años que trabajó en Madrid, cada domingo, iba al cine a sabiendas de que no vería el final, y lo peor es que ignora por qué lo hacía, no sabe, a pesar de todo, por qué seguía entrando en aquellas salas, recatadamente vestida, con su rebeca y su falda plisada, la joven Susana que ahora me mira directamente a los ojos, ¿entiende por qué no puedo ir?, me dice, y este tipejo que hace tiempo que no se conmueve por nada, abraza a esta viejita, la abraza con todas sus fuerzas y solloza estúpidamente, y con una voz que le sale de las tripas, le dice: Susana, usted y yo, esta tarde, nos vamos a ver al Sr. Robert Mitchum juntos, en sesión privada, y si me promete que no saldrá dando aullidos, yo le juro que no volveré a intentar suicidarme...y esto último, por favor, no se lo cuente a nadie, porque no lo sabe ni mi santa madre...

Ahora ustedes querrán un epílogo purificante, un desenlace piadoso y consolador, y no seré yo el que se lo niegue, porque Susana y yo nos vimos la película entera, sí, de cabo a rabo, y aunque no quiero hablar de las veces que tuve que sujetarla en la butaca con todo mi ímpetu y la angustia con que ella me clavó las uñas en brazos y muñecas (todavía conservo las marcas), puedo corroborarles que aquella tarde de primeros de otoño, a pesar de su locura o gracias a ella, Susana Colado consiguió ver por primera vez en su vida el final de una película y que cuando descubrió al malvado de Robert Mitchum

huyendo de los perdigonazos que le lanzaba la vieja señorita Cooper (interpretada magistralmente por Lilian Gish), su risa estalló en la sala de cine con el candor de un pájaro recién nacido, con la insolencia y la proeza de una conspiración largo tiempo anhelada.

En cuanto a mi intento de suicidio eso es harina de otro costal: se trataba de una escena más bien truculenta de mi pasado, pero me temo que ni siquiera pertenece a una buena película, así que no les abrumaré con los tediosos pormenores de mi descenso a los infiernos, son cosas amargas que no merece la pena esclarecer. Susana nunca volvió a sacarlo a colación, aunque sospecho que a veces le ronda la cabeza preguntarme por qué intenté irme al otro barrio, y a lo mejor consigue que un día se lo explique, como también el motivo que me lleva a quedarme aquí, a permanecer lealmente en este lugar que evitan los cuerdos y los fuertes, los mismos que han convertido el mundo exterior en un lugar terrible y abyecto.

Viejitos locos, pájaros que han perdido el vuelo, rostros que parecen una fruta escarchada, manos artríticas, cráneos amarillos, casi todos insomnes, incapaces de conciliar el sueño y recuperar la cordura: os prometo que seguiré viviendo mis noches, mientras tanto, junto a todos vosotros.

**Sullivan**